



Belleza

Libertad

Amistad

Neutralidad

Comunicación

Organización

Cynthia Gabbay nació en Buenos Aires, Argentina, en 1978 y reside en Israel desde hace varios años. Está realizando su tesis de doctorado en el Departamento de Estudios Españoles y Latinoamericanos de la Universidad Hebrea de Jerusalén analizando la intertextualidad en la poesía de Julio Cortázar. Ejerce el traductorado y habla, además de su idioma natal, francés, inglés y hebreo.

Le fue publicado el poemario ARDIENTES PALABRAS ESDRÚJULAS SOLÍSIMAS por haber obtenido el primer premio del Certamen Internacional de Poesía "María Eugenia Vaz Ferreira", certamen que patrocinó, en el año 2006, el Grupo Cultural B.L.A.N.C.O. de Montevideo.

También estudió la obra de Juan Gelman.

Puede leerse uno de sus ensayos en:

www.observacionesfilosoficas.net/labarcadelosgurues.htm

Preguntada sobre su oficio literario manifestó: Empecé a escribir cuando las sombras se apoderaron de los objetos, o cuando entendí que podía yo dibujar una sombra diferente sobre aquellas sombras sonoras, apoderarme de la posibilidad de su estar, adoptando la pregunta como modo de ser (ímpetu, reloj imparable, ánimo ígneo e irreverente, delirio altísimo y voluntarioso). "La Herida" es una de las primeras sombras que inventé, un retrato líquido de lo que nadie quiso nombrar en aquel tiempo, y hoy perdura como honda huella de caracol empedernido.

Contactos con la autora:

Zvi Rimón 67/4

Jerusalén 93715- ISRAEL

tatitita@hotmail.com

Artistas recién publicados:

Joaquín Balaguer

Nélida Violeta Grau

Ma. Graciela Romero Sosa

Pascual Marrazzo

Ricardo Rubio

Ángel Eduardo Speroni

Aldo Tibaudín

Director – propietario de la colección:

Carlos Pensa

Corrientes 2963, 1° "G"

1193 - Buenos Aires - Argentina

carlospensa@yahoo.com.ar

www.carlospensa.com.ar

51

todo es **Cuento**®

y

cynthia
GABBAY



Coleccionable



Junio de 2008

c.g.

Lezica 6619

C.P. 12500

Villa Colón

Montevideo - Uruguay

Tel.: 323-6306

mfdearevalo@hotmail.com

HERIDA

Eran las tres de la madrugada. Deslicé las llaves de mi bolsillo sin hacer ruido para no despertar a mis padres. Me saqué las zapatillas y abrí la puerta. Pero olvidé que al entrar me encontraría con mi enemigo, quien apenas percibió mi respiración, comenzó a recitar: “Cogito, ergo sum. Cogito, ergo sum”. Para hacerlo callar tuve que sacarlo de su jaula. Tal es la forma en que intento transmitirle que su deber no es hablar, sino volar. Pero el pajarraco hablador, en su tontería, después de dar unas vueltas por la habitación volvió a meterse en su calabozo. Esta vez comprendió mi mensaje y se durmió en el silencio.

Mi enemigo íntimo es un loro *Occidentis europae*, mi papá lo trajo de uno de sus viajes; lo llamamos *Doctor*. No sabemos porqué, pero lo único que repite cada vez que un sonido quiebra la calma es “Cogito, ergo sum”. Sólo Dios sabe que intentará decirnos con eso. Si es que *intenta* decirnos algo.

Aquella noche no dormí bien, sentía una picazón cerca del ombligo. De hecho, amanecí con el ombligo enrojecido, dispuesto a sangrar. Y por supuesto, con el canto, o mejor dicho, el chillido del Doctor intentando reproducir *Carmen* de Bizet, pero siempre con las mismas misteriosas palabras “Cogito, ergo sum”. Definitivamente ese loro estaba buscando su extinción...

Coloqué sobre mi herida una pomada cicatrizante; sin embargo, no sólo esto no surtió efecto, sino que a medida que el día avanzaba mi ombligo se tornaba cada vez más morado y exuberante. No supe cómo reaccionar, pero decidí no revelárselo a mi madre: una herida de tal esplendor podría provocarle pánico, tal como a un niño deforme que por primera vez se enfrenta a su propio reflejo. Además, siempre fui pudorosa con mi ombligo y no me hubiese gustado que ni ella ni ningún cirujano metieran sus dedos en mi llaga.

Al día siguiente, al revisar mi herida, descubrí un hongo en mi ombligo, pero un hongo completo, un hongo con sombrero. Era verde y parecía sentirse muy cómodo en mi piel porque cuando intenté removerlo pegó un grito desgarrador; “Cogito, ergo sum. Cogito, ergo sum; Cogito, ergo sum”, comenzó a recitar mecánicamente el pajarraco. Tal vez le había hecho daño porque, tal como descubriría más tarde, sus raíces eran largas y se habían incrustado entre mis entrañas, o mejor dicho, sus raíces habían perforado mi útero y se estaban alimentando de mi fertilidad.

Mi primera reacción fue de gran asombro. De modo que no tomé iniciativas. Me encerré en mi habitación durante tres días, alegando que estaba enferma. Y de hecho, lo estaba.

Pero pronto el temor me azotó: tal vez el hongo (el cual fue variando su color con los días, del verde al amarillo, del rojo al violeta) era un tumor maligno que estaba dispuesto a llevarme al piso de abajo en cualquier momento. Así fue que decidí contarle toda la verdad a mi madre. La encontré en un delirio de violencia interrogando al loro *Occidentis europae*: “¿Quién te creés que sos para repetir irracionalmente las mismas palabras todo el maldito día?! El loro, sin inmutarse, siguió aclamando: “Cogito, ergo sum.”

La escena me provocó una suerte de risa absurda, pero luego se tornó angustia y desazón. Salí

de mi casa. Sentía que no podía confiar en mi madre, quien al fin y al cabo sufría ataques obsesivos similares a los del Doctor; en realidad no creía que ella pudiera darme una respuesta para combatir el dolor que me provocaba mi herida. De hecho, ni yo misma estaba en condiciones de pensar claramente. Mis acciones se encontraban bajo la influencia de las emociones que me provocaba la existencia de un hongo en mi ombligo.

Cuando finalmente me calmé, intenté analizar la causa primera de esta extraña aparición. Imaginé que tal vez al nacer (mi mamá me había dado a luz precipitadamente; el cordón umbilical se había enredado alrededor de mi cuello y a punto estuvo de provocarme asfixia) el médico habría cortado mal el cordón umbilical y sólo transcurridos diez y seis años se revelaba ante mí su mala praxis.

Pero sería muy difícil desentrañar este perverso misterio. De manera que por un tiempo decidí conformarme a convivir con el nuevo ser. Las noches se perfilaban interminables ya que en la sensibilidad de la oscuridad sentía que la picazón y el dolor aumentaban con el paso del tiempo. Comencé a comprender que esconder mi herida no me iba a ayudar en su curación.

La presencia del hongo me obligó a encerrarme cada vez más en mí misma ya que mi apariencia física se degradaba continuamente por la falta de sueño y la tensión que todo esto me provocaba. De manera que también dejé de ver a mis amigos, temiendo que descubrieran mi enfermedad. Mis padres no se asombraron de mi soledad ya que siempre me supieron ermitaña.

El único ser que conocía mis desvelos era el loro, que al escucharme dar vueltas en mi cama, pasaba las noches repitiendo “Cogito, ergo sum. Cogito, ergo sum cogito, ergo sum hasta que una noche no pude soportar más el dolor cogito ergo sum tomé un par de tijeras cogito e intenté con todas mis fuerzas y mi sudor ergo sum extirpar el hongo acabar con mi cogito herida ergo aunque tuviese que meter mi dedo sum en mi propia llaga quería acabar con mi dolor con mi angustia cogito milenaria con ese olor ergo desagradable y esa cárcel sum que era mi hongo. ¡COGITO, ERGO SUM!

Pintas de sangre salpicaron la alfombra y algo rodó hasta la puerta de la habitación. Brillaba. Miré alternadamente el objeto caído y mi ombligo que, aparentemente, había recuperado su forma primigenia. Tardé unos instantes en osar levantarme de mi cama y acercarme a *eso*, allí. Latían mis ojos, hablaba mi piel el lenguaje bizarro del miedo. Palpitaba un brillo en el objeto. Me sometí al destino: no tenía otra opción que rendirme a la curiosidad, simultáneamente sentía, o dejaba de sentir mi ombligo, centro de mi mundo. No podía creer lo que alcanzaba mi mirada. El hongo ya no era tal, ni sombrero de seta, ni ojo salvaje. Una pequeñísima figura se había desprendido de mi cuerpo, una muñequita de trapo, pero de carne y hueso parecía; al acercarme descubrí que tenía rostro, era alguien, y era igual a mí. Sus ojos guiñaron.